

# Mito-lógicas: violencia y paz

251 x 192  
EL COMERCIO

Fernando de TRAZEGNIES

La hipótesis de Cornelius Castoriadis sobre una institución imaginaria de la sociedad, ofrece posibilidades muy sugestivas de interpretación de los tiempos en que vivimos en este Perú nuestro, tan golpeado por las decepciones y las comprobaciones.

Cada época, dice Castoriadis, elabora una imagen mítica del mundo. Pero los mitos, aunque basados en elementos irracionales, no son ajenos a una lógica; por el contrario, generan una racionalidad propia. Ahora bien, hay "mito-lógicas" positivas que contribuyen a dar sentido al grupo social y "mito-lógicas" negativas que, en vez de darle una consciencia consistente, alejan a esa colectividad de la realidad y le falsean su inserción en el mundo.

El problema se presenta cuando una "mito-lógica" engañadora es puesta al descubierto por las circunstancias; o cuando dos "mito-lógicas" contrarias están esquizofrénicamente presentes al mismo tiempo en la mente colectiva. En estos casos se produce una crisis de identidad, que hace insufrible el presente e inhabilita la posibilidad de construir el mañana. Desde el momento en que el mito no puede cumplir su función de consciencia de la sociedad, se produce una ruptura mucho más grave que un golpe de Estado o que la disolución de un Parlamento: la estructura social no encuentra sustento y la sociedad entera se tambalea.

En el Perú de hoy, podemos advertir que nuestra generación ha crecido al amparo de un mito: el Perú, a pesar de sus diferencias, es ya un país moderno, por lo que los conflictos sociales se resuelven de manera pacífica e institucionalizada; y, a partir de ello, hemos desarrollado una "mito-lógica" de la paz. Pero, al mismo tiempo, existe una realidad subyacente, no reconocida de manera manifiesta y que nuestra consciencia histórica se ha encargado de reprimir, que plantea una "mito-lógica" de la violencia como el medio más eficaz de lograr los objetivos.

En realidad, el mito de la modernidad del Perú lleva a crear en las mentes una falsa consciencia de paz. Las sociedades premodernas han sido generalmente violentas, como lo atestigua la historia de cualquier continente; en cambio, la modernidad instaura las posibilidades de un entendimiento pacífico y concertado de los hombres porque insiste en la puesta en valor del papel del individuo, en la libertad y en la práctica de la tolerancia recíproca. Cuando estos valores y actitudes no han sido aún reivindicados, no puede esperarse que exista paz social duradera: los conflictos se resuelven por la imposición de unos hombres sobre otros, y ello sólo puede lograrse mediante la fuerza.

La modernidad consiste en reconocer el libre juego de los individuos pero también en colocar un poderoso árbitro sobre todos ellos —el Estado moderno— que, en base a reglas ge-

nerales, resuelva los enfrentamientos. Pero consiste sobre todo en el reconocimiento interno de todo hombre (o de la mayoría de los hombres) de que regirse por reglas generales y aceptar las decisiones de un árbitro es mejor forma de resolver una controversia o de lograr una reivindicación que atacando a los otros: en una sociedad moderna, no es pegándose de tiros que se resuelven los problemas de linderos de tierras ni se cobran las deudas golpeando a los deudores, no es colocando bombas que se obtienen conquistas sociales. La modernidad es, ante todo, una renuncia a la prepotencia y al uso de la fuerza.

Sin embargo, ¿el Perú es, en estos términos, un país moderno? No tenemos sino que mirar en derredor con ojos desprejuiciados para comprobar que el Perú ha accedido a la modernidad: nuestra conducta —en la política, en los negocios, en el trato al trabajador, en las reclamaciones sociales y en la vida diaria— se rige por la violencia y la afirmación prepotente, antes que por las reglas basadas en el respeto de los demás; y cada peruano —a todo nivel— siente (de manera un tanto troglodita) que la afirmación de su identidad consiste en burlar exitosamente las reglas.

No necesitamos acudir a los ejemplos extremos del terrorismo, la delincuencia, la corrupción; a veces lo cotidiano, lo ordinario, la conducta en apariencia intrascendente, revela mejor los rasgos y las convicciones de un pueblo porque muestra cómo está hecho el común de sus ciudadanos.

En un país moderno, si un semáforo no funciona, se cumple espontáneamente la regla de que los automóviles de cada calle del cruce pasan alternativamente de uno en uno, cediendo cada cual el paso al que le toca cruzar de acuerdo a este turno basado en el respeto del otro y en la creencia de que todos se benefician si existe un orden (es decir, una pauta común y general) ahí donde podría haber aparecido un desorden (es decir, un conjunto de conductas individuales caóticas). En el Perú —lo sufrimos todos los días— sucede exactamente lo contrario: cada automovilista considera que la ausencia de semáforos es sinónimo de ausencia de derecho y de reglas; por lo que cada uno trata, si le es posible, de pasar antes de los demás autos, de adelantar a los otros sin detenerse ante veredas, tapabarros, peatones, sin ningún respeto por nadie y sin ni siquiera atender a consideraciones de mera eficacia: cada chofer toma la situación como una guerra privada en la que tiene que triunfar sobre la base de su prepotencia; y el resultado es que todos pierden, porque el tráfico se bloquea y nadie puede pasar. Notemos que no estamos hablando de los sectores más arcaicos de nuestra sociedad sino de aquellos que se pretenden más cultos y modernos. Hágase un examen de consciencia el lector de esta columna.

Si la modernidad es un conjunto de instituciones eficaces, respaldadas por la fuerza pública, que permiten canalizar pacíficamente

los conflictos, es ante todo una práctica fundada en las convicciones profundas de cada ciudadano. Sin embargo, en el Perú no existen las instituciones eficaces ni existe tampoco, a ningún nivel, la práctica y posiblemente tampoco las convicciones verdaderamente modernas. Nos movemos todavía en una "mito-lógica" premoderna, que aflora cada vez que no hay un policía presente (y, muchas veces, a pesar de o con la colaboración del policía).

La crisis se presenta cuando el mito de la modernidad que encubría la profunda violencia que modela la sociedad peruana, resulta ya insostenible y nos vemos impudicamente enfrentados al caos de esa otra "mito-lógica" premoderna, que era subconsciente. Entonces, parece que el país se viniera abajo, parece que fuera inviable, que ya no tuviera salida: sin percibir que esa premodernidad estuvo siempre presente, los peruanos creemos que la violencia es una novedad, que ha llegado de pronto como una enfermedad sin remedio, como una de las siete plagas de Egipto. Nos preguntamos cómo pudo haber aparecido ese mal en el otrora idílico Perú, surgen especialistas de la violencia y se hacen estudios serios; en general, concluimos que estamos ante un retroceso histórico. En esas circunstancias, no queda lugar sino para la depresión o para la evasión a otras latitudes menos hostiles: el futuro es negro y violento.

Sin embargo, si comprendemos que todo lo que ha caído es un mito de modernidad y que ese mito sirvió únicamente para ocultar lo obvio, si nos damos cuenta de que la violencia no ha llegado recién ahora como un azote bíblico sino que ha estado siempre presente en nuestra sociedad bajo múltiples formas, entonces quizá la situación no es tan desesperada.

La tarea que nos corresponde es hacer adelantar al Perú hacia la modernidad (y quizá mejor, hacia una posmodernidad que, salvando las invalorables conquistas de la modernidad, sea menos homogenizadora y monolítica en su concepción de la vida en libertad). En otras palabras, de una falsa consciencia de modernidad hay que pasar a una verdadera "mito-lógica" de la la modernidad, que nos llevará naturalmente por el camino de la paz, como ha sucedido con todos los países del mundo que han logrado internalizar los valores de libertad y de afirmación de lo individual, así como la consciencia de la necesidad de un orden que permita estructurar esa libertad individual en una sociedad libre.

Hay, pues, una esperanza para el Perú. La violencia no es nuestro futuro, sino que es más bien ese pasado que arrastramos y que debemos superar: es una muestra de la premodernidad que tenemos que decidimos a abandonar de una vez por todas para instaurar una auténtica paz social, sobre la base de instituciones sólidas y eficaces, del respeto del derecho ajeno y de la profunda convicción de que el ejercicio de la fuerza, consciente o inconscientemente, individualmente o colectivamente, no nos lleva sino al desorden.